

AGLUTINACION Y FLEXION

por el Profesor C. C. Uhlenbeck

de la Universidad de Leiden.

Es casi un lugar común en escritos lingüísticos que la lengua vasca con sus numerosas formas nominales y su sinnúmero de formas verbales no posee flexión, propiamente dicha, en el sentido que se da a esta palabra en las lenguas indo-europeas y semíticas. Hombres afamados como *Schleicher* nos lo han asegurado; otros muchos han ido repitiéndolo en todos los tonos; hasta el mismo señor *Vinson*, a cuya consagración incansable a los estudios vascos, rendimos pleito homenaje, no cesa de manifestarnos esto a cada momento.

Pudiéramos encogernos de hombros y decir: ¿Qué importa al fin, si se quiere dar al sistema morfológico del vascuence el nombre de «flexión», o si se quiere designar las formas de esta lengua, con su asombrosa abundancia de ellas, como «conglomerados aglutinativos?» Efectivamente, podríamos dejar a un lado la cuestión terminológica, si no estuviese unida a la terminología una apreciación de hecho y si la denominación de «conglomerados aglutinativos» que se quiere dar a las formas del vascuence, no las colocase en un nivel más bajo, presentándolas como de orden inferior al término «inflexiones», usual en las gramáticas indo-europeas y semíticas. Los que pretenden negar al vascuence y a otros idiomas de semejante estructura el nombre de «inflexional», consideran esta expresión como nombre honorífico, demasiado bueno para verse aplicado a tales lenguas; ven en la flexión algo característico de un desarrollo progresivo, aún no alcanzado por lenguas como la vasca. «Pero no nos hemos apercebido más bien en los últimos decenios, de que el camino de la evolución no conduce en dirección de abundancia de formas, sino en la de abundancia de ideas de aquellos que se expresan en las lenguas? ¿Y no nos hemos convencido, precisamente por el estudio de intrincados sistemas morfológicos, como p. e. del groenlandés y del algonkin, de que un gran número de formas, ora se las llame «conglomerados aglutinativos», ora «inflexiones genuinas», no es por eso un criterio de concisión y claridad, sino casi al contrario? No, no se puede negar que una lengua que ha perdido en tan alto grado las antiguas inflexiones como la inglesa, sea un instrumento mucho más utilizable para el mundo de ideas infinitamente variado del hombre cultural moderno, que el mismo latín tan alabado, con su lastre elegante de declinaciones y conjugaciones. Si continúa viviendo el vascuence, como lo esperamos todos, si está predestinado a ser el instrumento de una sociedad vasca que vaya desarrollándose, refinándose y diferenciándose más y más, su fruto no arraiga en la expansión de su riqueza de formas, sino en la aplicación práctica de las formas ya existentes, en la creación por lo tanto de nuevos métodos para expresar, con medios sencillos, ideas complicadas. Lo repito, todos esperamos que el vascuence se mantenga en vida y florezca pero añadido a esto, que también tenemos motivos para confiar en que no se eche a perder este tesoro, el más grande del pueblo vasco. Hay señales que me hacen creer que mi pesimismo de antes en cuanto al porvenir del vascuence, era algo prematuro. El advenimiento de una fresca literatura popular no hay más que mencionar el nombre de *Domingo de Aguirre*, quien ha abandonado demasiado temprano las cosas de este mundo—, la aspiración sincera a una unión mutua, las tentativas incansables para llegar al establecimiento de una lengua escrita fija, sí,

este mismo Congreso, al que han acudido tantos Vascos de diferente ocupación y posición social, por seguro son pruebas de un patriotismo naciente. Todos lo reconocemos: lo que será del vascuence, está en su mayor parte, aunque no exclusivamente, en manos de los mismos Vascos. Si tanto el labrador como el pescador vasco se atienen a la sencillez de sus antepasados, si los clérigos y todos los demás a los cuales se confía la instrucción pública, educan a los niños en el respeto y amor a su lengua materna; si las clases sociales superiores, por todo cuanto hayan desdeñado el Vascuence, lo restablecen y lo respetan como la lengua del trato de todos los alfas, entonces no hay motivo para ser tan pesimista en cuanto al porvenir. Pero me alejo de la materia de que quisiera hablarles hoy por algunos momentos.

La afirmación de que la flexión vasca no sea una flexión genuina, está en relación estrecha con la división antigua de los idiomas del mundo en isolantes, aglutinantes e inflexionales, que, a pesar de las objeciones perentorias alegadas contra tal división, aún goza de preferencia entre algunos, y aun temo que no sea entre pocos. Errores antiguos muchas veces tienen existencia tenaz, sobre todo cuando por divulgación inconsiderada se han convertido en bienes comunes de gente instruída y semi-instruída. De otro modo ya no sería necesario perder ni siquiera una sola palabra en este asunto, después de la crítica a la cual ha sometido dicha división un sabio de tanta autoridad como *Jespersen*.

Ahora que gozo del gran favor de poder dirigir la palabra a una asamblea considerable de Vascos y Vascólogos, no es mi intención tratar enteramente aquella clasificación anticuada. Por ejemplo, no indicaré lo absurdo que es querer ver en el chino «isolante», lengua de una organización superior de un antiguo pueblo civilizado, una fasis relativamente primitiva de habla humana; pues ya otros, más competentes, han dicho lo preciso en esta materia. En vista de que, a pesar de todo, el vascuence no va a la zaga a ninguna lengua del Viejo Mundo respecto a la riqueza en formas nominales y verbales, y que estas formas, lo mismo que en otras, partes, han nacido por medio de afijación de elementos relacionales a los temas y radicales, quizás pueda ser de alguna importancia hacer algunas observaciones acerca de aglutinación y flexión, especialmente sobre la confusión de ideas que constituye la base de la división entre las lenguas «aglutinantes» y las «inflexionales».

Según la escuela, cuyas ideas hoy quiero someter a una crítica, se pudiera considerar como característica de las lenguas indo-europeas y semíticas, a las que se suelen denominar «inflexionales» la intermutación vocálica, esto es, el intercambio de vocales con valor semántico y gramatical. Aludo al fenómeno de que en el griego $\lambda\epsilon\tau\omega$ el perfecto es $\lambda\epsilon\lambda\omicron\upsilon\alpha$ y el aoristo $\epsilon\lambda\iota\upsilon\omicron\nu$, que al griego $\pi\alpha\sigma\chi\omega$ pertenecen los tiempos $\pi\epsilon\pi\omicron\nu\theta\alpha$ y $\pi\epsilon\iota\sigma\omicron\mu\alpha$ que en gótico hay formas como *bait*, *bitun* y *gaf*, *gebun*, junto a *beitan* «morder» y *giban* «dar». Les es conocido a Ustedes que esta intermutación, también en la formación indo-europea de nombres representa un papel importante; y pasando al territorio del semítico, aquí vemos aún en mayor grado que en las lenguas indo-europeas, flexión y formación de voces sujetas a tales intercambios de vocales. Aunque es verdad que tenemos que reconocer que en el vascuence, dejando, aparte algunas huellas muy vagas, no se pueden observar diferencias de vocalización, gramaticalmente significativas en el estilo del «Ablaut» alemán o de la vocalización de las radicales semíticas tan ampliamente variada; sin embargo no deja de ser un error, desmentido ya ha mucho tiempo por los hechos, el que sólo exista en el indo-europeo y en el semítico intermutación vocálica. Que ésta también en ugrofinés es de gran importancia, lo han puesto en evidencia hombres como *Donner* y *Setälä*; y las averiguaciones del último sabio han llamado nuestra atención sobre fenómenos incontestablemente similares en el samoyedo. También en muchos idiomas indígenas de la América del Norte se ha mostrado intermutación vocálica, y no obstante esto, aun hoy el señor *Vinson* clasifica estas lenguas así como el vascuence en el grupo «aglutinante». En primer lugar pienso en las lenguas de la familia algonkin, de las cuales ya me vengo ocupando desde hace muchos años, aunque con intervalos. En el propio algonkin, el ojibway, el cree, el fox y otros dialectos, se forman gerundios personajes por medio de mutación de vocalización, pero también en algunos otros

casos la conjugación en este grupo lingüístico hace uso de la intermutación vocálica. De manera que junto a ojibway: *nîmi* «él baila», *bôsi* «él se embarca», se hallan los gerundios personales: *nâmi d* «él que baila», *bwâsi d* «él que se embarca», y esta lengua muestra las mismas mutaciones de vocalización en el conjuntivo periódico; además si se quiere dar a conocer que algo acaba de ocurrir, después de pronombres interrogativos y de adverbios; para expresar la conjunción «como» después de algunas partículas, que por ahora dejaré de especificar; en algunos tiempos del conjuntivo de la conjugación dubitativa; y no raras veces en la sílaba de reduplicación de verbos secundarios con significación distributiva, iterativa o intensiva. La lengua de los Indias Pié Negro posee la mutación gramatical de vocalización en diversas partes de la morfología, pero los fenómenos que se presentan aquí, en su mayor parte distan mucho de los fenómenos en los idiomas algonkin centrales y orientales. Por ejemplo en el dialecto en cuestión, vemos junto con *imit á* «perro», las formas posesivas *nitómità m* «mi perro», *kitómità m* «tu perro», y así podemos observar en la primera sílaba de la radical un cambio gramaticalmente condicionado de la *i* y la *o*. Ahora bien, siendo el intercambio de vocales gramaticalmente condicionado un criterio exclusivo de lenguas «inflexionales», ¿por qué motivo no se clasificaría de «inflexionales» al ojibway y al pié negro, lo mismo que p. e. al griego y al gótico, al árabe y al hebreo? Y, dejando aparte el algonkin, encontramos el intercambio de vocales con significación gramatical, en mayor o menor grado, en algunas lenguas de la extensa familia athapasca, pero además en el tsimshian, el kwakiutl, el salish de la Colombia británica, el chinook, el klamath, el takelma de Oregón, el yokuts y el salino de California, y quien sabe en qué lenguas y grupos de lenguas más de la América del Norte y de otras partes. No raras veces se podrían reducir probablemente semejantes fenómenos intermutacionales a procesos puramente fonéticos, que sólo por reinterpretación en el sentimiento colectivo de los que hablan la lengua en cuestión hubiesen obtenido una significación morfológica, pero es verosímil que éste también sea el caso de los análogos intercambios de vocales indo-europeos. Ya se ve cuán pocos motivos hay para considerar la intermutación vocálica como característica exclusiva del indo-europeo y del semítico, o, como prueba de un alcance cultural superior de los que hablan aquellos idiomas. Dondequiera que la encontramos, no es más que un vestigio pintoresco de antiguos períodos lingüísticos, una supervivencia encantadora de un pasado remoto de mentalidad «primitiva».

De índole parecida a la intermutación vocálica, es el intercambio de consonantes con significación gramatical, que p. e. en el athapasco y en el takelma ocupa un lugar importante en el sistema morfológico. Para el Vascólogo, sin embargo, es ante todo de gran interés la intermutación consonántica en el chinook, en vista de que allí se aplica en la formación de diminutivos y aumentativos, ¿Quién no piensa aquí en la intermutación consonántica del vascuence, para expresar disminución con diversos matices del sentimiento? Las mutaciones de las consonantes, que el chinook usa como medio diminutivo, son completamente diferentes de las que la lengua vasca aplica para el mismo fin, y hasta en ciertos intercambios de consonantes la relación entre la fasis normal y la diminutiva es diametralmente opuesta a la del vascuence, pero en todo caso, el aprovechamiento de la mutación de consonantes al formar los diminutivos, lea es común a las dos lenguas, por mucho que genéticamente disten. ¿Qué fundamento hay para que no pongamos en el mismo nivel tales intercambios de consonantes con valor semántico, con la intermutación vocálica, por la cual se ha alzado hasta las nubes el semítico y el indo-europeo? En estos panegíricos por otra parte no se ha tenido en cuenta, que semejantes fenómenos, ni con mucho, son raros en otros varios territorios lingüísticos.

De otra parte, el proceso composicional propio de la aglutinación, es decir de la combinación de diferentes componentes en un todo, con dominación semántica de uno de estos componentes y subordinación semántica de todos los demás a éste, que es el portador de la idea central, no es de ningún modo una característica exclusiva de las lenguas que como la vasca se suelen llamar particularmente «aglutinantes» en oposición a las «inflexionales». Más bien, como lo saben todos, la aglutinación es uno de los principales medios de la flexión del indo-europeo, y también

en el semítico representa al lado de la vocalización variable un papel muy importante. También carece de fundamento racional sostener que sea posible reconocer siempre claramente las juncturas entre la basis y el afijo en las lenguas llamadas «aglutinantes», aunque tenemos que confesar que p. e. en el turco o en el groenlandés es más fácil analizar las formas del nombre y del verbo que por lo común en el indo-europeo. ¿Pero es que las formas del magiar, lengua en general tan «mosaica», en ningún caso resisten al análisis? ¿O quizás no existen formas en el vascuence, sobre cuya estructura no pueden ponerse de acuerdo los investigadores lingüísticos? Y la composición de las formas nominales y verbales en el algonkin ¿es siempre tan manifiesta, que el filólogo pueda analizarlas sin esfuerzo alguno en todos sus elementos? Quien afirme tales cosas, por eso mismo da prueba de que en el estudio analítico de los sistemas morfológicos en las lenguas no indo-europeas y no semíticas le ha quedado terreno ignoto, por entero. Sin duda es verdad que en algunas lenguas los afijos están unidos más sólidamente con la basis que en otras, y que en una misma lengua se encuentran además de formas muchas veces fácilmente analizables, otras, en las cuales los afijos van unidos tan estrechamente a la basis, que rechazan todo análisis. Sólo de paso quiero hacer resaltar, que la duplicación (es decir la composición de igual con igual) que dentro y fuera del indo-europeo es de interés tan enorme para la flexión y la formación de voces, pertenece al campo de la aglutinación, siempre y cuando pueda observarse subordinación semántica y en el acento de uno de los dos miembros, originalmente idénticos y equivalentes al otro, mientras que al mismo tiempo o a consecuencia de lo cual se haya verificado en muchísimos casos una diferenciación disimilatoria. También quiero advertir, que los intercambios gramaticalmente condicionados de sonidos, que acabamos de tratar, pueden explicarse, aunque sólo sea parcialmente, por una simplificación de duplicación, diferenciada o no. Y por último también las diferencias de tono, tan características de ciertas lenguas «isolantes» como la china, pero que también en tantos otros territorios lingüísticos tienen sus paralelos, tal vez no pocas veces demuestren sílabas suprimidas y una situación más antigua de aglutinación.

Después de todo lo dicho, se me deberá conceder que no existe ni la más mínima razón para aplicar sólo al indo-europeo y al semítico el nombre de «inflexionales». Las lenguas llamadas «aglutinantes» son tan «inflexionales» como el indo-europeo y el semítico; las lenguas llamadas «inflexionales», precisamente en su flexión hacen un uso frecuente de la aglutinación. Dado que a la palabra «flexión, razonablemente no se puede atribuir otro concepto que el de la colectividad de todas las mutaciones de forma, a las que está sujeta una palabra en su relación sintáctica, y en este sentido se la ha aplicado siempre en la gramática indo-europea. Así pues no existe verdadera -diferencia entre el genio del indo-europeo y del semítico de un lado y el de las muchas lenguas que se han calificado en particular de «aglutinantes» de otro lado. No basta decir que no pueden trazarse límites determinados entre las lenguas «inflexionales» y las «aglutinantes»; sino que no se puede hablar de límites. Conque hay que renunciar a la división antigua de lenguas «inflexionales» y «aglutinantes». *Quod erat demonstrandum.*

Si se hace la pregunta de si el vascuence es una lengua «aglutinante» o bien una lengua «inflexional» después de lo que acabamos de argumentar, la respuesta naturalmente debe ser: tanto lo uno como lo otro, una vez que el vascuence está provisto de un rico sistema inflexional y una formación de nombres tan rica. Y el sistema inflexional de la lengua vasca aun aventaja en mucho al número de formas y a la variación de distinciones al de cualquier lengua indo-europea, y se aproxima a la abundancia holofrástica de algunos idiomas de la América del Norte. Sin embargo en el vascuence prepondera más la concepción gramatical y en el algonkin p. e. más la visión sensual. «Inflexional», el vascuence si lo es, sin duda alguna, pero el medio con el cual esta lengua efectúa la flexión, es la aglutinación. También en el indo-europeo, así como en el semítico, según hemos visto, la aglutinación es uno de los medios importantísimos, en cuanto al indo-europeo seguramente el de más interés, para llevar a efecto la flexión. Y comparando las formas del vascuence a las del indo-europeo, advertimos, que la combinación de la basis y

el afijo, o de la basis y los afijos, en la declinación y la conjugación vascas, por regulares y transparentes que sean en general, en más de un caso no es menos íntima que p. e. en el sánscrito o en el griego.

El título de nobleza de la lengua vasca, sin embargo, no depende de una vana denominación. Ya sea que la llamemos «aglutinante» o «inflexional», o ya como yo he abogado ahora, «inflexional» y «aglutinante» a la vez, en todo caso es y queda una obra de una belleza monumental, que no es menos imponente por haber contribuido también a la construcción y a la perfección de ella tantos y tan diferentes períodos de cultura y condiciones mentales.